

Suboficiales en la Historia

ERNESTO SANTAMARIA SAMPAYO

● MUERTE BAJO UNA PALMERA

HACE ya ochenta y ocho años moría en circunstancias especialmente dramáticas un joven sargento destinado en Cuba y, con él, ocho hombres de su pelotón perdían también la vida, agrupados todos alrededor de una palmera en heroica resistencia. Era en los campos de Jacán, allá por las navidades de 1895.

Ernesto Santamaría — después el sargento de Jacán — había ingresado como soldado en el regimiento de infantería Inmemorial del Rey; en él ascendió a sargento y, formando parte de un grupo expedicionario de la unidad, se trasladó a la isla de Cuba cuando la rebelión en aquella posesión española exigió un refuerzo de tropas procedentes de la península.

Un día del 95 desembarcó en La Habana y, vestido con el legendario uniforme de rayadillo, pasó a prestar servicio en la zona de Jacán, un lugar donde la existencia de plantaciones tabaqueras se había convertido en polo de atracción para las bandas rebeldes, que en razias constantes sembraban la destrucción y la muerte desde que el grito de independencia resonase de un confín a otro de las tierras españolas bañadas por el mar Caribe.

La naturaleza del terreno hacía de Cuba el escenario idóneo para la guerrilla: profundos valles cuajados de exuberantes cultivos tropicales, laderas pinas donde la selva se vuelca en cataratas de verdor sobre un roquedo invisible, cumbres eternamente cubiertas por la niebla.

El monte, las barrancas el lodazal... la tierra toda diríase que se hizo cómplice de tropelías impunes, en un lugar del mundo donde el soldado caía en un fluir interminable, tras de un viaje inusual e ingrato a lo largo de veinte días de navegación por el océano.

El sargento Sampayo, a poco de llegar a Cuba, ya era una pieza más de aquella máquina militar en constante batahola. Conocía cada sendero de las distintas haciendas, las más intrincadas y serpenteantes veredas de los bajos a las lomas. Claros, espesura y tabacales se le habían hecho ya tan familiares como lo fueran unos meses antes las inmediaciones de su regimiento. El sargento del Inmemorial era ya todo un cubano; había curtido su piel con los matices de la piel de Cuba.

La vida de guarnición en la isla era de una monotonía excitante: cada día pequeñas unidades efectuaban reconocimientos por la maraña verde, siempre verde, de las frondas húmedas y calinosas, y la tensión del hombre, reducido a la categoría de insecto entre una flora sin horizontes, se tornaba en psicosis de emboscada, de atentado, de muerte sin defensa; así lo confirmaban el incendio diario de ingenios cuya armazón crepitaba entre el griterío infernal de los piromanos y los ayes de los que perecían devorados por las llamas. Las apariciones instantá-

neas de la caballería rebelde, que surgía como una centella de entre la fraga para perderse en ella dejando un rimero de exterminio bajo los cascos de las monturas, el ataque sistemático a los puestos de centinela más desamparados o distantes, siempre con pérdidas humanas... la guerra en suma luciendo en marco de gala las más inesperadas formas del terror. Y, sin embargo, el heroísmo se hacía consustancial al tedio, al espanto, a la vida diaria en los campos y los puestos del territorio antillano.

En vísperas de navidades, las navidades del primer año de guerra, las incursiones de facciones rebeldes en las tierras de Jacán se intensificaron de manera alarmante; en consecuencia, los reconocimientos del terreno se hubieron de hacer más meticulosos y constantes. En una de estas operaciones habituales, la que llevó a cabo la patrulla de Sampayo el 21 de diciembre, valor y muerte se conjuntaron en un episodio de imborrable recuerdo y notoria trascendencia para las clases de tropa de la época.

Habían salido del puesto antes del amanecer y caminaban en apretado despliegue por el borde de un espeso marañal. Al cabo de un largo trecho cuesta abajo en dirección al fondo plano del valle, alguien del grupo hizo observar al resto la percepción de un ruido sospechoso entre la masa vegetal: parecían escucharse voces en susurro y hasta el piafar

